

Elio E. Constantín, uno de los grandes del periodismo cubano

JUAN MARRERO

TENGO UNA DEUDA de honor con uno de los grandes maestros del periodismo cubano a cuyo lado trabajé más de 20 años. Fui su jefe y después terminé siendo su subordinado, pero más que lo uno o lo otro siempre me consideré su alumno. Me refiero a Elio Enrique Constantín Alfonso, quien el 12 de septiembre de 1995, tras larga enfermedad, cuando ya había cumplido 76 años de edad, abandonó el reino de la vida.

Un aliento de cariño dejó a su paso por todo lo que hizo y todo lo que tocó. Ponía amor en cada tarea, incluso, en las aparentemente insignificantes. Sus pasiones favoritas fueron siempre el deporte, la historia, el lenguaje, el periodismo y la Revolución.

Lo conocí personalmente en 1965 al producirse la fundación de **Granma**. Yo venía de Hoy, él de Revolución, fuentes nutritivas fundamentales del nuevo colectivo que comenzaba a actuar como Órgano del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Elio era ya un periodista de fama, principalmente por sus muchos años de trabajo como cronista deportivo.

El fútbol fue su gran pasatiempo. Nada le hacía más feliz que presenciar, narrar o escribir una crónica sobre un partido de fútbol, fuese en una cancha vacía del Campo Armada, en la Tropical o en una cancha con decenas de miles de espectadores en Juegos Olímpicos o en un Mundial. Era su gran pasión. Era de los primeros en llegar a la redacción de **Granma** cada día para cumplir con sus responsabilidades como jefe de Redacción o como subdirector, menos los domingos: ese día todos sabíamos que estaba reportando o narrando algún partido. Cuando el director del periódico le advertía que había complicaciones informativas nacionales o internacionales, muy a pesar suyo Elio permanecía en la redacción, pero buscaba el tiempo para, telefónicamente, localizar a un director de equipo, a un jugador, a un árbitro o a un aficionado para obtener la

información del resultado e incidencias del partido efectuado.

Si se quería un modelo de hombre bien educado, había que tropezarse con Elio. Era un perfecto caballero. A veces resultaba “chocante” porque pensabas que era un ser de otra galaxia. Jamás de sus labios oí salir una palabra sucia o hiriente. Era incapaz de dejar de saludar con afecto a cualquier persona. Era extremadamente delicado con las compañeras de trabajo. Aunque era el subdirector de **Granma** jamás entró a la oficina del director, al cual debía hacer frecuentes consultas, sin antes golpear la puerta y escuchar la voz de “adelante” o “pase”. Al entrar, siempre decía: “Con su permiso, Capitán”. Cuando intervenía en una discusión hacía gala de ecuanimidad, serenidad, de razones y argumentaciones. En el trabajo llamaba la atención sobre descuidos, negligencias o faltas cometidas, pero siempre con suma delicadeza y tacto. Por todo ello, se le respetaba siempre, como también por su cultura, inteligencia y espíritu de consagración al trabajo.

Había sido monaguillo de una iglesia durante sus años juveniles. Eso, quizás, lo marcó para siempre. La lectura de textos religiosos, y después su trabajo como corrector en la revista Carteles y otras publicaciones, lo condujeron a aprender latín, a buscar las raíces del idioma castellano, a dominar las reglas de la gramática, la ortografía y la sintaxis. Se convirtió en un verdadero sabio del lenguaje al que obligadamente todos los redactores acudíamos en busca de lo correcto, de la verdad. Jamás lo vimos negarle a nadie el traslado de sus profundos conocimientos en cuestiones del idioma o en asuntos de técnicas del periodismo. Siempre lo hacía con la humildad que lo caracterizaba.

Muchos años después de haberlo conocido es que supimos de su colaboración en tareas revolucionarias con el Movimiento 26 de Julio, durante la lucha contra la dictadura de Batista. Tanta era su modestia que evadía en todo lo posible el tema. Tuvo, por ejemplo, una colaboración muy importante



FOTO: CARLOS PEREIRA

en el secuestro en La Habana del automovilista argentino Juan Manuel Fangio.

Estar en la sala de redacción le agradaba, pero más aún en “el vórtice del huracán”, es decir, en los escenarios de los acontecimientos. Fue más que un cronista deportivo. El periodismo para él no se encerraba en una cancha de fútbol o en un parque de pelota, lo era todo. Y, por eso, escribía cada día de temas disímiles, de todo aquello que lo hiciese vibrar o considerase de utilidad para sus lectores.

Su pluma reflejó el trabajo abnegado del pueblo cubano, su resistencia frente al Imperio, las luchas de liberación de otros pueblos. Estuvo en Portugal en los inicios de la Revolución de los claveles. Dio cobertura a la asunción del general Francisco da Costa Gomes como presidente de la República, tras la renuncia del general Antonio de Spínola. “Todo parece indicar que Portugal vive hoy algo más que un cambio de nombres y de hombres”, escribió Elio Constantín en **Granma**. “Con la salida

de Spínola y algunos de sus amigos, en el Consejo de Ministros termina la política de freno a las aspiraciones populares”.

Acompañó a Fidel Castro en uno de sus viajes a Nueva York, lo que para él significó, en el orden profesional y revolucionario, el mejor premio recibido en su vida. Fue en 1979, cuando Fidel habló en la ONU como Presidente del Movimiento de Países No Alineados.

Aunque ya tenía algunos años de edad, con su persistencia convenció al Capitán Mendoza, director de **Granma**, para que lo enviase como corresponsal de guerra a Nicaragua. Durante varios meses transmitió informaciones sobre los crímenes de la contra, armada y apoyada financieramente por la administración Reagan, en su intento para desestabilizar al Gobierno sandinista.

La defensa de la lengua castellana constituyó uno de sus grandes desvelos. Decía que los periodistas estaban entre los primeros obligados a defenderla. Desde que se inició en el periodismo como corrector en la revista Carteles, como ya dijimos, no descansó en luchar con denuedo para que se escribiese bien y que en los periódicos se usase siempre el vocablo o el giro apropiados.

Los cargos y las responsabilidades jamás lo hicieron cambiar en su manera de ser. Fue Elio siempre, fuese corrector, reportero, profesor de la escuela de periodismo, dirigente de la UPEC, jefe de página o directivo de un medio de comunicación. La sencillez y la modestia cabalgaban junto a conocimientos, sabiduría e inteligencia. Elio E. Constantín fue siempre, aquí o allá, el caballero, el amigo, el compañero y el maestro.

Por causa de su enfermedad, se jubiló en 1987. Pero no dejó de escribir. Mantuvo la leída sección Del Lenguaje en las páginas de **Granma** hasta los últimos momentos de su vida. Su voluntad intentó vencer los dolores que lo aquejaron.

Cuba perdió a uno de sus grandes maestros del periodismo. Mientras se haga periodismo habrá que hablar de Elio E. Constantín.



El matancero lleva 24 años como recordista mundial.

Sotomayor, el único

ENRIQUE MONTESINOS

En vísperas de los Juegos Olímpicos de Beijing 2008 el atletismo cubano se enorgullecía de tres recordistas mundiales absolutos en atletismo.

A Javier Sotomayor, 2.43 en altura desde el 8 de septiembre de 1988 (Salamanca, España), luego 2.44 (San Juan, Puerto Rico, 29 de julio de 1989) y 2.45 (27 de julio de 1993, de nuevo en Salamanca), se sumó Osleidys Menéndez, en jabalina, el 1 de julio del 2001, con 71.54 (Rethimo, Grecia), primado extendido a 71.70 con proeza mundialista el 14 de agosto del 2005 (Helsinki, Finlandia).

Y a los 21 años de edad el guantanamero Dayron Robles redondeó el trío de lujo con sus compatriotas matanceros gracias al 12.87 en 110 con vallas cronometrado el 12 de junio del propio 2008 (Ostrava, República Checa).

La marca de Osleidys sucumbió antes del final de dicha temporada olímpica por causa de la checa Barbora Spotakova y su 72.28 del 13 de septiembre (Stuttgart, Alemania).

Cuatro años después la de Dayron escapó del ataque en Londres, pero tampoco logró salir ilesa de la temporada olímpica tras ser pulverizada por el 12.80 del estadounidense Aries Merritt el viernes 7 del actual septiembre (Bruselas, Bélgica).

La pérdida de la primacía sucedió a la fallida actuación colectiva en la capital británica, la más improductiva en medallas y puntos en ocho participaciones posteriores a Munich 1972.

Ahora el Príncipe de las Alturas queda como nuestro solitario recordista universal por nada menos que 24 años cumplidos el sábado último.

Si bien el ruso Ivan Ukhov y el catari Mutaz Essa Barshim rebasaron en el actual 2012 el listón fijado en 2.39, lo cierto es que todavía les faltan centímetros prodigiosos, pues desde el año 2000 ningún humano ha logrado validarse sobre 2.40.

Resulta tan sólida la ventaja del Soto que nadie se atreve a predecir una fecha para la conclusión de su liderazgo.